

la piedra fundamental de Benito, tan excelsa, que llega á equivocarse con el suntuoso edificio de la Iglesia, fundado, como dice san Pablo, sobre la piedra angular Cristo; pues llegó tiempo en que fueron unos mismos los sucesores del báculo de Benito y de las llaves de Pedro. Mas de cuarenta pontífices, mas de doscientos cardenales, mas de seiscientos arzobispos, mas de cuatro mil obispos, salieron de los claustros de Benito, no tanto á gobernar como á ilustrar la Iglesia de Cristo. Llegó tiempo en que toda la santidad de la Iglesia estuvo casi reducida á los claustros de Benito. Entre mártires, vírgenes y confesores se cuentan cincuenta y cinco mil santos, y se difundió tanto la santidad en los claustros de Benito, que hubo la santa Sede de promulgar un decreto, que no se tratara ya de cano- nizar á otros, como dando á entender, que si fuera agotable el infinito tesoro de la sangre de Jesucristo, era de temer no le agotaran los hijos de Benito. Pueden estos con razon clamar: *Filii sanctorum sumus*, somos hijos de los santos, se nos debe por herencia la santidad.

No pudo Dios ser ménos misericordioso con los hijos de Benito á vista del mérito de su gran padre: ni pueden dejar de ser santos los hijos de Benito, si no malogran los ejemplos de virtud, los santos documentos que les dejó en su vida y en su estatuto. Hidrópico se confesaba Gregorio el Grande, y con una sed insaciable de contemplar las virtudes de Benito: *Quanto plus bibo, eo sitio*: porque en esta fuente encontraba el espíritu la mayor dulzura. Tal vez habrán desmerecido estas aguas por haber pasado por mi impura lengua: tal vez, aunque he sido tan prolijo, no se habrán inflamado vuestros corazones por la tibieza de mi espíritu. Pero no, no atendais, Señores, al conducto, atended á las eficaces y suaves voces de Benito, que nos llama á su imitacion, nos exhorta á que sigamos á la Majestad de Cristo, á que abracemos la penitencia y la pureza, que mortifiquemos los sentidos, que huyamos las profanidades y las ocasiones, para que de esta suerte merezcamos su patrocinio, y el premio de la gloria, que os deseo. Amén.

DISCURSO

PARA EL DIA

DE SAN BENITO ABAD.

(DE TRONCOSO.)

Eris quasi hortus irriguus, et sicut fons aquarum cujus non deficient aque. Et edificabuntur in te deserta sæculorum. Fundamenta generationis et generationis suscitabis, et vocaberis edificator sepium, avertens semitas in quietem.

Serás como huerto bien regado y como manantial perenne cuyas aguas jamás faltarán. Los lugares desiertos desde muchísimos tiempos serán por ti poblados; alzarás los cimientos que han de durar de generacion en generacion; y te llamarán el restaurador de los muros, y el que hace seguros los caminos.

Isaïæ, c. 58, vv. 11 y 12.

Una de las mas importantes instituciones sobre que la iglesia católica se ha apoyado para obrar el bien en el mundo, es sin disputa la de los diversos órdenes religiosos. El profeta Elías huyendo en otro tiempo de la corrupcion de Israel, parece haber sido el modelo de tantos anacoretas que despreciando el lujo y la molicie de las grandes ciudades, se sepultaron en los desiertos para pasar allí sus días en continua comunicacion con Dios. El mismo Jesucristo se retiraba frecuentemente del mundo, para ir á orar á la soledad. San Juan Bautista habitó siempre en sitios poco frecuentados, y se alimentaba de miel salvaje y de langostas. Los Terapeutas establecieron en Egipto cerca del lago llamado Moeris; y mas tarde los Pablos, Antonios, Pacomios é Hilariones, poblaron de discípulos los desiertos de la Tebaida. Todo el oriente estaba lleno de varones no ménos ilustres por sus virtudes austeras que por sus edificativos ejemplos. Pero la huesuda mano del tiempo que todo lo aniquila y destruye, llegó al fin á entibiar el primitivo fervor de aquellos solitarios asilos; ya no se percibian

sino algunas reliquias de la antigua disciplina; el suntuoso edificio de la vida monástica íbase desmoronando poco á poco, y próximo estaba á arruinarse completamente; cuando el Señor que jamas abandonó á su querida esposa, suscitó un héroe que estaba destinado á restaurar en el Occidente el celo de su casa santa, y á ser el patriarca de una innumerable familia de santos que habian de conservar junto con el espíritu de abstraccion y recogimiento interior, un espíritu de ciencia y de luz que esclareceria á todo el universo. Tal fué el ínclito y nunca bien elogiado san Benito abad, padre y fundador de las órdenes monásticas de Occidente, gloria de Italia, y antorcha brillantísima de toda la iglesia de Jesucristo. Ved ahí el héroe incomparable de quien mejor que de ningun otro pudieron decirse, y para quien exclusivamente parece fueron escritas las palabras del profeta Isaías, que puse por texto de mi discurso: «Serás como huerto bien regado, y como manantial perenne «cuyas aguas jamas faltarán. Los lugares desiertos desde muchísimos tiempos serán por tí poblados; alzarás los cimientos «que han de durar de generacion en generacion, y te llamarán el restaurador de los muros y el que hace seguros los «caminos:» *Eris quasi hortus irriguus, et sicut fons aquarum, cujus non deficient aquæ. Et ædificabuntur in te deserta sæculorum: fundamenta generationis et generationis suscitabis; et vocaberis ædificator sepium, avertens semitas in quietem.*

¿Y quién podrá dudar que el ilustre san Benito fué por su abstraccion y recogimiento, por su oracion y contemplacion, un huerto cercado é inaccesible á los impuros vientos de las pasiones, que regado con el celestial rocío de la gracia, produjo los mas abundantes y sazonados frutos de virtud? ¿Quién no sabe que desde el fondo de las soledades en donde habitó y que pobló de muchedumbre de hijos, hizo correr, á manera de manantial inagotable, arroyos de santidad que han fecundizado el campo del labrador divino, y fomentado en el mundo las costumbres puras del Evangelio? ¿No han atravesado por entre mil generaciones esos institutos sagrados cuyos fundamentos zanjó, y que le han merecido la gloria de ser llamado el restaurador de los muros del grandioso edificio de la iglesia y de la sociedad, á cuya sombra se libertaron millares de hombres de la corrupcion del siglo, y este de la barbarie y de la ignorancia que en los siglos medios le invadieran; por cuyas

sendas anduvieron con seguridad cuantos siguieron sus doctrinas? Baste, católicos, no nos detengamos mas en los preliminares del elogio del ínclito patriarca san Benito. Estas palabras encierran cuanto decirse puede de grandioso y sublime. Fundado pues en ellas, os representaré á nuestro héroe: 1º Como un huerto en donde brotaron las mas hermosas virtudes, y un manantial puro que hizo fecundos los desiertos, poblándolos de héroes que, á su ejemplo, dejaron á la posteridad el espíritu de perfeccion evangélica: *Eris quasi hortus irriguus et sicut fons aquarum, cujus non deficient aquæ; et ædificabuntur in te deserta sæculorum.* 2º Como fundador de un orden que multiplicándose en mil generaciones, ha restaurado los muros de la iglesia y de la sociedad, prestando á ambas los mas útiles servicios: *Fundamenta generationis et generationis suscitabis; et vocaberis ædificator sepium, avertens semitas in quietem.* Tengo propuesto. *Ave Maria.*

PRIMERA REFLEXION.

«Todos los hombres, dice un ilustre ingenio contemporáneo, tienen en el fondo de su corazon mil razones que los hacen desear la soledad. A unos les arrastra hácia ella el espíritu de contemplacion; á otros un cierto pudor tímido que les hace gustar únicamente de la comunicacion consigo mismos: á muchos en fin, una superioridad de alma y de sentimientos, en fuerza de la cual, no pudiendo hallar en la naturaleza un objeto digno de sus afectos, buscan en Dios el centro de su reposo y de su perpetua union (1).»

De este número era nuestro insigne héroe. Nacido para Dios exclusivamente, el mundo se le representa desde su misma cuna como una Babilonia, en cuyo seno el tumulto ruidoso de las cosas terrenales absorbe el espíritu, le enerva y debilita para las grandes empresas, y no le deja el reposo necesario para pensar seriamente en su mayor y mas árduo negocio. Dotado de talentos extraordinarios, hubiera podido prometerse grandes ventajas en la carrera de las letras; pero si bien las estudió con la mayor aplicacion, y progresó en ellas rápidamente, solo se sirvió de ellas para mejor conocer al Dios de las ciencias á

(1) Châteaubriand, *Génie du cristianisme*, lib. 5, chap. 1, abrégé.

quien deben dirigirse todos los pensamientos del hombre (1). Conoció en efecto Benito que Dios era el único que podía formar su felicidad; y en su consecuencia, á la edad de quince años se decide á buscarle en el desierto de Sublaco. No le detiene el amor de sus buenos padres, ni las honras que, presentándose á su vista con todos los encantos de la seducción, le brindan con el mas lisonjero porvenir. El jóven Benito solo aspira á la felicidad de los bienaventurados; y los honores, los placeres, la fortuna y cuanto de mas precioso encierra el mundo, lo juzga escoria despreciable á trueque de ganarse el afecto de su Señor Jesucristo. Parte pues, y guiado por la divina Providencia, penetra lugares jamas pisados por huellas humanas, habitados únicamente de fieras salvajes, y llega por fin á una gruta que la naturaleza misma formara en la concavidad de un peñasco cercado de horribles precipicios. Allí fija su mansion nuestro héroe y da principio á una vida que pudo asemejar desde sus principios á los hombres mas austeros y penitentes.

Viérais al descendiente de los cónsules y senadores romanos vestido de un áspero cilicio y de las pieles de las fieras, alimentándose de yerbas silvestres ó de un poco de pan que de vez en cuando le llevaba un virtuoso monje, bebiendo el agua de los arroyos del desierto, y teniendo por único lecho la dura peña. Viéraisle orar sin intermision, domeñar su inocente carne con las vigiliyas y asperezas, olvidar todo lo terreno, y vivir únicamente unido á Dios á quien hizo la donacion mas entera y perfecta de todo su ser. Viéraisle en fin como huerto regado en donde crecen toda especie de flores y sazonados frutos de humildad, de resignacion, de paciencia, de caridad y de todas las virtudes.

El infierno no podía ménos de mirar con disgusto este jóven héroe. Ármase contra él, y prepara á su inocencia la mas formidable lucha. No se contenta con tentarle con el hambre; este medio no tiene efecto alguno en aquel á quien la gracia de Dios sirve de alimento, y á quien las dulzuras de la contemplacion hacen olvidar las mas precisas necesidades de la naturaleza. Por otra parte Dios que de continuo vela sobre su siervo, suscita un nuevo Habacuc que avisado por inspiracion del cie-

(1) *I. Reg. c. 6. v. 3.*

lo del extremo desfallecimiento en que se halla el nuevo Daniel, corre al desierto y le proporciona el sustento necesario para no sucumbir en fuerza de la necesidad. Otro linaje de combate de todo punto mas peligroso presenta á Benito el enemigo comun de los hombres. La imaginacion del santo jóven hállase acometida repentinamente de impuros fantasmas; los mas torpes pensamientos le hacen una guerra sangrienta; donde quiera se ofrece á su memoria la idea de una encantadora beldad que acaso viera en la ciudad de Roma; todos sus sentidos se miran penetrados de una llama abrasadora que amenaza reducir á pavesas el edificio de su virtud; un viento contagioso, soplando con vehemencia en todos sus miembros, pretende marchitar la cándida azucena de su pureza angelical.... ¡Dios justo! ¿Será posible que en un momento se malogre el fruto de tantas austeridades y penitencias? ¿Habrà de sucumbir al espíritu de Asmodeo en medio de un hórrido desierto, el que por no contagiarse con sus impuros miasmas, abandonó tan generosamente las delicias de la gran ciudad de los placeres, y trocó el lujo de la sensual Roma por la desnudez y los rigores de la horrorosa Sublaco? Mas no temais, amados oyentes. En Benito se verificará el vaticinio de Isaías: su corazon será siempre un huerto bien regado; las flores que la divina gracia ha hecho nacer en él no serán agostadas por el ábrego abrasador del infierno; su inocencia quedará victoriosa de la tentacion; esa temprana rosa conservará su lozanía en medio de las espinas: *Eris quasi hortus irriguus*. En efecto, el fervoroso jóven conociendo el riesgo, y no pudiendo evadirse de él por todos los medios que le sugiere su austeridad, concibe el mas generoso designio; despójase de sus vestidos, y arrojándose en un monton de punzadoras zarzas, se revuelca en ellas hasta quedar nadando en su inocente sangre; el dolor veheméntísimo que experimenta hácele desfallecer; su cuerpo es una llaga horrorosa, pero su alma libre del importuno espíritu de impureza, queda en dulce paz y en calma indecible.

¿Cómo era posible que estuviese oculto el heroísmo de nuestro santo? No; Dios le tenia destinado para hacer fecundos los desiertos con las aguas puras de sus ejemplos, los cuales á manera de manantial inagotable debian poblar la soledad de modelos de perfeccion evangélica: *Sicut fons aquarum cujus non deficient aquæ, ædificabuntur in te deserta sæculorum*. Su vida

prodigiosa llama vivamente la atención de los monjes de Vicovarre; y hallándose huérfanos por la muerte de su abad, corren á Sublaco á ponerse bajo la dirección de Benito. En vano se excusa su humildad profunda; ruega, insta, pide con lágrimas que le dejen en su amable retiro; pero nada consigue. El que con heroísmo tanto había renunciado á las esperanzas más halagüeñas del mundo; el que viendo circular por sus venas la sangre de los Anicios que ocupaban los sitios más distinguidos del romano imperio, habíase hecho insensible á los destinos de mando y superioridad que hubiera obtenido indudablemente en su patria, ahora se mira obligado á aceptar el cargo de padre y superior de una numerosa familia de monjes, que con instancia le piden sea su guía en los caminos de la perfección. ¡Mas ah! ¡Cuánto dista la luz de las tinieblas! ¡Cuán mal se aviene el espíritu de Dios con el espíritu del mundo! Aquellos hombres que tanta violencia le hicieran para dejar el desierto y encargarse de la dirección espiritual de sus almas, no bien se aperciben de las costumbres austeras de su abad, cuando empiezan á disgustarse de su dependencia. Religiosos únicamente en el nombre, y mundanos por sus hábitos relajados, no pueden sufrir el resplandor de unas virtudes que son una muda censura de sus vicios; la observancia de la disciplina monástica les incomoda y entristece; las suaves reconvenciones de su superior les indignan; arrepíentense de haberle elegido por abad, y para libertarse de él, forman un club tenebroso en donde se decide su muerte. Preséntanle una bebida emponzoñada: Benito toma el vaso, bendícele según costumbre, y en el momento queda hecho menudos pedazos.

¡Oh providencia adorable de mi Dios! ¡De este modo preparabas á tu fiel servidor para los grandiosos designios que sobre él habías concebido! Teníasle destinado para poblar en occidente los lugares hasta entonces desiertos, y hacer brotar de ellos manantiales perennes de virtud y perfección evangélica, que jamás faltarían en los siglos por venir; y á este fin vuelves á conducirle con gloria á su antigua soledad.

Así fué, amados oyentes: poco tiempo estuvo solo nuestro insigne héroe. En vez de aquellos hijos desnaturalizados que había perdido en Vicovarre, hállase en breve rodeado en Sublaco de una generación tan innumerable de almas virtuosas, que doce monasterios apenas son suficientes para contenerlas.

Allí reina el silencio más profundo, la austeridad más admirable, la oración no interrumpida, el ayuno perpetuo, los cánticos sagrados, la lección de libros santos. El desierto es un paraíso: sus moradores son ángeles; la calma, el reposo, la inocencia del corazón pudieran ser dignos objetos de la emulación de los moradores de la Jerusalén celeste. Benito con sus ejemplos sostiene aquel majestuoso edificio: él es el primero en las vigiliás, el más constante en la oración, imperturbable en su humildad, invencible en su paciencia; su dulzura arrebató los corazones de sus súbditos, su prudencia los encanta, su fervor los alienta, su templanza los admira. Cuando manda, es un padre cariñoso y tierno; cuando reprende, es un amigo insinuante y sincero; cuando exhorta, es un hermano caritativo y sin acrimonia; cuando enseña, es un maestro cuyas obras son otras tantas lecciones prácticas.

En vano la perfidia de un indigno sacerdote de aquellos contornos, pretende amancillar las costumbres puras é intachables de Benito y de sus monjes. Urde en efecto contra ellos tramas inicuas; derrama sin cesar calumniosas diatribas; no perdona á medio alguno para desacreditarlos en el concepto del mundo; pero el mundo no puede menos de rendir homenaje á la verdadera virtud. La inocencia de nuestro héroe y de sus hijos es generalmente conocida: el cielo castiga la impostura de aquel émulo con una muerte repentina; pero nuestro santo, lejos de celebrar su victoria, derrama llanto inconsolable sobre las cenizas de su enemigo, bien así como lo hiciera el generoso David en la muerte de Saúl su fiero perseguidor.

Entre tanto el Señor que disponía hacer de Benito el instrumento de una grandiosa empresa, inspírale que deje el desierto de Sublaco; y después de haberle hecho admirable en aquella soledad que á manera de manantial perenne regó con las aguas puras de sus virtudes y pobló de héroes de perfección evangélica, condúcele al monte Casino para zanzar los fundamentos de un orden que había de multiplicarse en mil generaciones, restaurando las ruinas de la iglesia y prestando los más útiles servicios á la sociedad: *fundamenta generationis et generationis suscitabis; et vocaberis aedificator septimum, averrens semitas in quietem*. Ved aquí el asunto de mi